

FACTORES DE LA POLÍTICA EXTERIOR SOVIÉTICA

A. AVTORKHANOV

Los factores substanciales de la política exterior soviética son anteriores al régimen soviético, y anteriores aun al mismo Partido Bolchevique. Fueron formulados por primera vez en el famoso "Manifiesto Comunista" de Marx y Engels, de acuerdo con los siguientes principios:

1. Se acusa a los comunistas de querer abolir la patria y la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen.

2. El fin inmediato de los comunistas es la conquista del poder por parte del proletariado.

3. Los comunistas sostienen que es abominable encubrir las propias convicciones e intenciones. Declaran abiertamente que el único modo de conseguir el fin que buscan es por medio del derrocamiento por la fuerza de todo el sistema social existente.

En cuanto al asunto de la política exterior soviética —su carácter, su relación con la política nacional, y sus intenciones generales— no existe ningún punto básico de desacuerdo entre los analizadores rusos. En efecto, las siguientes definiciones oficiales soviéticas aclaran más o menos exactamente el espíritu, la naturaleza particular, y las tareas de la política exterior soviética: la revolución de octubre creó un nuevo tipo de gobierno —el gobierno soviético— y éste formó la base para la política exterior soviética, que se distingue en principio de la política exterior de todos los demás gobiernos. O la siguiente: la política exterior soviética está impregnada del espíritu del comunismo, de la lealtad al partido leninista, y está estrechamente relacionada con la política interior, pues forma parte orgánica de ella. O la más importante y significativa: la política exterior soviética es resultado de la teoría de Lenin del desarrollo de la revolución socialista mundial. Esta lucha por "la revolución socialista mundial" se manifiesta en forma de un nuevo tipo de colonialismo e imperialismo soviéticos. El imperialismo soviético no es una repetición de los diversos tipos de imperialismo tradicional ya conocidos. Está fuera del nacionalismo, y por lo tanto, tiene un dinamismo revolucionario. No es un imperialismo económico; es más bien un imperialismo de ideas. En primer lugar, no se interesa por primas, mercados, trabajo gratuito, ni sectores donde poder invertir su capital — los objetivos que interesan al imperialismo capitalista. Se interesa por el pueblo para imponerle un régimen político e ideológico determinado. El capitalismo imperialista no les impuso su propio sistema e ideología a sus colonias y a sus pueblos súbditos. El imperialismo soviético persigue en gran parte precisamente estos fines, considerando lo demás como incidental. Por lo tanto, el imperialismo soviético es una nueva clase de imperialismo — más insidioso, más dinámico, y a la larga más efectivo. No es de carácter racial, y se orienta hacia la creación de una nueva clase de gobernante que apoye su política en los pueblos coloniales, manteniendo para sus sátrapas el papel de directores.

Lenin fundó los principios más importantes de la política exterior soviética, que sus sucesores hoy continúan elaborando. Esos principios están fundados en su mayor parte sobre el factor más decisivo: el político-ideológico. Lenin, sin ningún titubeo, subordinó los intereses nacionales de Rusia a los principios ideológicos de su partido. En su "Decreto Sobre la Paz", del 26 de octubre de 1917, Lenin se dirigió no sólo a los gobiernos de los países beligerantes, sino que penetró aún más adentro en el asunto, dirigiéndose directamente al pueblo de cada gobierno. Su intención era claramente convertir la guerra internacional entre estados, en guerra de ideologías de las clases dentro de esos mismos estados. Esto se expresaría después en la fórmula: la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. En cuanto a la victoria de su ideología — es decir, revolución mundial y comunismo mundial— no había ningún interés nacional que Lenin no estuviera dispuesto a sacrificar. Cuando se discutía la paz separada de Brest-Litovsk, en 1918, Lenin dio una justificación clara y plena del factor ideológico de la política exterior soviética. Algunas declaraciones de principios hechas por Lenin con respecto a este asunto, claramente y sin ambigüedad explican la relación entre los factores nacionales e ideológicos en la política bolchevique. Lenin aseveró que:

En los asuntos de política exterior nos encontramos frente a dos puntos de vista básicos — el del proletariado, que dice que la revolución social está por sobre todo, y el de la burguesía, que dice que la independencia nacional de un estado poderoso está por encima de todo lo demás.

En otro pasaje, hablando del tratado de Brest-Litovsk, dijo:

Y nosotros decimos: es mejor sufrir y perseverar, soportar eternamente mayores humillaciones nacionales con tal de permanecer en nuestro puesto de vanguardia socialista.

Aún, en otro pasaje:

No defendemos ni los intereses de grandes poderes ni los intereses nacionales; afirmamos que los intereses del socialismo mundial son más importantes que los intereses nacionales, más importantes que los intereses del estado.

Y, finalmente:

No es socialista quien no entienda que en el interés de la revolución proletaria internacional no puede y no debe tratarse de evitar ningún sacrificio, incluso el sacrificio territorial.

De este modo vemos que Lenin clara y categóricamente creía en la prioridad del factor ideológico sobre el nacional; vemos que estaba dispuesto a sacrificar los intereses y principios nacionales —los intereses del estado ruso y del territorio ruso— si con tales sacrificios podía acelerar la revolución mundial. Sin embargo, había un principio que él consideraba sagrado e inviolable. Estaba dispuesto a concluir una paz con los alemanes que él llamaba “obscena, vergonzosa y codiciosa”, y a aceptar todas sus condiciones con tal de que no se exigiera la violación de ese sagrado principio. En un discurso contra los de la desviación izquierdista, en una junta del Comité Central del Partido, en 1918, Lenin, dijo, refiriéndose a este principio:

Si los alemanes dijeran que exigen el derrocamiento del régimen bolchevique, entonces sí que sería necesario pelear.

Por consiguiente, un factor transitorio —el poder y el destino de un partido político, el partido comunista— era más importante para Lenin que los intereses nacionales y estatales del país. Sin embargo, el poder para él no era un fin en sí mismo, sino un medio para lograr un fin: difundir la revolución. Por eso dijo: pudimos concluir una paz que no puso a la revolución en peligro. Lenin actuó de acuerdo con estas razones, y bajo estas circunstancias al gobierno alemán le convino que Rusia estuviera bajo el control de los bolcheviques, dispuestos a rendirse.

Lenin estaba convencido que la mera declaración por parte del gobierno soviético de que pretendía demorar la desmovilización del ejército para rechazar los ataques alemanes sería la ruina del régimen bolchevique. El régimen corría un peligro, decía, proveniente no del exterior, sino del interior. Reconocía que si la guerra continuaba, “después de la primera derrota, el ejército de campesinos derrocará al gobierno socialista”. En otra ocasión declaró en términos un tanto familiares pero muy claros: “Decir que se ha detenido la desmovilización, sería igual que ser despedidos de nuestros puestos”.

Durante la era de Stalin, ciertos cambios se efectuaron en la orientación, en el compás y en la actitud de la política exterior soviética. Estos, generalmente, tomaron la forma de transferencia de importancia de un factor a otro. Se manifestó injustificada la creencia de Lenin de que la revolución de octubre era sólo la víspera de una revolución universal, y de que Rusia podía proseguir inmediatamente con el establecimiento de una sociedad comunista. El país tenía que pasar por un período de neocapitalismo, el período de la NPE. (Nueva Política Económica).

La política exterior de este período incluía, primero, maniobras, exploraciones y reconocimientos del terreno enemigo, y después una propaganda extensiva para establecer relaciones comerciales con el mundo capitalista como “modus vivendi”. El objetivo inmediato de la política era obtener el reconocimiento diplomático de la revolución de octubre y del régimen soviético. Esto se consiguió fácilmente. Pero en cuanto al tema de la revolución mundial Lenin permaneció utopista, persistiendo en la opinión de que la revolución mundial era inevitable aunque podría ser retardada por algún tiempo. Según Lenin la mayor ventaja de conseguir el reconoci-

miento diplomático en el mundo exterior, era que legitimaba el aparato ilegal soviético y facilitaba el trabajo del Komintern. La etapa de la revolución mundial —pensaba Lenin— había llegado, pues ya era posible organizar vanguardias comunistas en Occidente; estas vanguardias efectuarían sus propias revoluciones de octubre como los bolcheviques lo hicieron en Rusia. En pocas palabras, Lenin continuó creyendo en su teoría de revolución organizada. Esa era idéntica a la teoría de “revolución permanente”, de Trotski, pero Stalin consideró válidas las ideas de Lenin y de Trotski. De igual modo que Lenin no creía en la revolución automática de Marx, Stalin, a causa del cambio de condiciones, no creía en la revolución organizada de Lenin. Aunque nunca lo dijo abiertamente, Stalin veía que el capitalismo se iba modernizando y que la estructura económica de occidente se volvía más y más progresista en su aspecto social. La historia había desmentido la teoría de Marx sobre el capitalismo antiguo, y también había perdido su valor la tesis de Lenin sobre “la última etapa del capitalismo” (el imperialismo como fase final del capitalismo). También los conceptos elaborados de estas tesis lógicamente quedaron sin valor. El estado contemporáneo se volvía paulatinamente un órgano sin clases, de democracia en masa; se convertía también en árbitro supremo del orden social. En lugar de la célebre lucha social del proletariado una era de paz cívica había surgido en Alemania, y el mismo proletariado europeo se oponía no sólo a una revolución efectuada por él mismo sino que había pasado casi enteramente a las filas de los social-democráticos, reduciendo de este modo el partido comunista al papel de secta política insignificante. En los países anglosajones, el proletariado hasta había ingresado a los partidos de la burguesía. Todos estos cambios hicieron que Stalin reexaminara la teoría de Lenin sobre la posibilidad de organizar revoluciones en otros países y optara, al fin, por su propia teoría de la edificación del socialismo en un solo país. Las consecuencias políticas fueron de máxima importancia para el mundo no comunista. La política exterior soviética se adaptó a las tareas domésticas de Stalin: la industrialización, la colectivización, y la creación de una inmensa máquina terrorista.

No es científico ni de base histórica válida negar la influencia nacionalista sobre la política exterior de los gobiernos comunistas. Todos los gobiernos comunistas forman y guían su política exterior sobre la base de un ambiente vivo y específicamente nacional, la vida de su gente, su territorio, sus tradiciones, su historia y su mentalidad nacional. El régimen tiene que actuar de acuerdo con estos factores. No puede ignorar ni impune ni prolongadamente los intereses nacionales y estatales de su propio país, aun cuando éstos no formen parte de la doctrina comunista internacional. Aunque los comunistas pueden usar una determinada nación dominada para fines muy distintos de los intereses de ese país, sucede a menudo que la doctrina comunista sirve para disimular la política imperialista de la nación, y hasta puede llegar a servir como instrumento de ella. Así que el nacionalismo, se puede decir que funciona a veces como factor substancial de la política exterior soviética; pero hay que hacer la importante distinción de que Lenin, frente a la alternativa de comunismo internacional o nacionalismo, escogió aquel,

y Tito, éste. Stalin y Mao, a su vez, combinan ambos. Considerada sólo bajo este aspecto, la historia de la política exterior soviética, es la historia de la lucha por el dominio de esos elementos en dicha política.

Bajo Krushchev, como bajo Stalin, el factor nacional y chauvinista ha influido sobre la política exterior, debido a que el factor ideológico no dio resultados. La salvación de Rusia en la segunda guerra mundial se debió no al comunismo soviético, sino al nacionalismo ruso incitado, y a ciertos errores cometidos por la dirección política alemana durante la guerra.

Pero también en este caso hay que contemplar el factor nacional, no aislado de los demás, sino conjuntamente con la estrategia general del comunismo en sus esfuerzos por conseguir la supremacía mundial. Esta estrategia requiere gran flexibilidad cuando se trata de nacionalismo. El comunismo trata de usar el sentimiento nacional y chauvinista sólo como un arma, uno de tantos modos de explotar el nacionalismo para los fines internacionales del comunismo. Pero a veces también surgen situaciones en que los jefes de países comunistas tienen que poner los intereses nacionales ante todo lo demás y tratarlos como el factor más importante; como sucedió después de la segunda guerra mundial en el caso de Stalin-Tito, cuando el caudillo yugoslavo tuvo discordias con el Kremlin; y en el caso de Gomulka e Imre Nagy, cuando protestaron contra la "dirección colectiva". Los experimentos de Tito y Gomulka demuestran que el rescurso del nacionalismo en el momento de una lucha entre gobiernos comunistas no es sino una táctica de los gobiernos pequeños para ganarse la simpatía y el apoyo de su propio pueblo contra el gobierno de la gran potencia. En otras palabras, es una forma de defensa propia usada por el "comunismo nacional" contra el "comunismo de gran potencia", y no contra el comunismo en general. Tanto en los países satélites como en la URSS, el factor nacional se vuelve factor substancial en momentos de crisis política o militar, pero bajo otras circunstancias continúa como factor funcional de la ideología.

Examinemos ahora otros factores funcionales de la política exterior soviética que son: "la lucha por la paz", la "coexistencia", los principios de "no intervención en los asuntos internos y el respeto a la soberanía ajena", "el derecho de un pueblo a su autodeterminación", etc. No es nuestra labor examinar estos factores detalladamente. La historia de la política exterior soviética comprueba definitivamente que éstos no son factores substanciales —principios que determinan sus intereses y tendencias— sino factores funcionales y derivados, variables y tácticos que representan un medio y no un fin. No hay necesidad de dar una gran cantidad de ejemplos para probar este punto.

Los comunistas aseveran que la coexistencia no es un "slogan" táctico, pero su "comprobación" demuestra precisamente lo contrario. Uno de los teorizantes de la política exterior soviética actual ha propuesto este interesante e iluminador argumento: la doctrina de coexistencia y competencia pacífica entre los dos sistemas no es un "slogan" táctico, sino una parte fundamental y orgánica de la teoría leninista sobre el destino y posibilidades de la revolución socialista mundial. La base de esta teoría es la desigualdad que existe entre un país capitalista y otro en su desarrollo político y económico durante la época de

imperialismo. Como resultado de la función de esta ley de desigualdad ha surgido la situación en que "la victoria de la revolución socialista en todos los países simultáneamente es imposible". El leninismo enseña que el desarrollo sucesivo de la revolución socialista y mundial, después de la victoria de la revolución de octubre, se efectuará por medio de países individuales, que se apartarán del sistema capitalista. Por consiguiente, las relaciones entre las potencias de los dos sistemas no se pueden limitar sólo a choques y conflictos". (J. F. Ivashin, Ensayos sobre la historia política exterior de la URSS, Moscú, 1958, p. 10).

En otras palabras, ya que el comunismo no es capaz de triunfar inmediatamente por todo el mundo, los comunistas ahora se guían por la teoría bien conocida de Lenin, del "vínculo más débil", que representa a los países capitalistas como una cadena cuyas partes se van ganando al comunismo, un eslabón tras otro. Dado que el derrocamiento del poder y la toma del control desde el interior es un proceso muy lento en los países democráticos, el comunismo está dispuesto a aceptar la coexistencia en forma de competencia con el sistema capitalista, y con más razón la aceptan ya que, según una publicación oficial soviética, "el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) es del parecer de que en una competencia pacífica entre el sistema capitalista y el socialista, la victoria seguramente la tendrá el socialista".

El miedo, la idea de estar circundados por el capitalismo, la idea del ataque inevitable del capitalismo contra la URSS, y la fobia de la intervención occidental, también influyen en la formación de la política exterior soviética. Se engañan y caen en una triste concepción errada de los hechos los que creen que sería buena política quitarles a los jefes de la URSS la causa y los motivos de tal miedo, darle al Kremlin concesiones de trascendencia para comprobar las intenciones pacíficas del oeste, liquidar las bases americanas en Europa y Asia, y, finalmente, aceptar las condiciones soviéticas para la creación de la seguridad europea (esto implica la reducción bilateral de las fuerzas, la creación de zonas libres de paz en Europa y Asia, y la conclusión de un pacto de no agresión entre los dos bloques militares). Ellos se ilusionan con que tal proceder calmaría al Kremlin de sus temores imaginados y, como consecuencia, vendría la verdadera paz en la tierra. Los propagadores de esta opinión olvidan, en primer lugar, el origen y la naturaleza del miedo de los soviéticos; en segundo lugar, el carácter relativo que tendría cualquiera paz concluida con el régimen comunista. En términos generales, la paz con el comunismo es imposible, pero sí es posible una tregua armada más o menos prolongada. Como ya hemos indicado, el comunismo considera esa tregua como una pausa en la "guerra de liberación" comunista. Por lo tanto, el comunismo soviético trata de ocultar sus propias intenciones agresivas detrás de esta máscara de miedo lógicamente comprensible. El "miedo" soviético, no es tanto el resultado de las experiencias históricas o de sospechadas conspiraciones de enemigos potenciales, sino que es un factor intrínseco de la misma doctrina comunista. Como ya hemos visto, los comunistas están convencidos, por más que de acuerdo con su táctica digan lo contrario, de que la coexistencia entre el mundo socialista y el mundo libre está fuera de la discusión. Está al margen de la discusión porque el

mismo comunismo intrínsecamente intenta acabar con el mundo no comunista.

Así que el factor del miedo es en realidad un temor sentido por el régimen soviético de que su víctima escogida podrá anticiparse con un ataque preventivo. Desde este punto de vista es un factor reflexivo, el origen está dentro del mismo comunismo y no en el mundo exterior. Sin embargo, este factor hace un papel importantísimo en la propaganda y en la práctica. Los enormes presupuestos militares que ha consumido el régimen, se justifican por medio de la necesidad de combatir la agresión militar que (según ellos) intenta efectuar el "campo capitalista", antes llamado "circunvalación capitalista"; el bajo nivel de vida del pueblo ruso también lo justifican por la necesidad de tales gastos militares.

Todo esto se refiere al miedo que el Kremlin tiene al mundo exterior, pero los comunistas también temen a su propio pueblo. Para asegurar una paz verdadera y prolongada entre los pueblos, es necesario el entendimiento mutuo basado en la cooperación intelectual, cultural, y hasta ideológica. El Kremlin teme semejante cooperación, teme al contacto intelectual entre los pueblos; teme la pérdida del elemento miedo, tan necesario en el estímulo del odio a los otros pueblos; teme que se descubran, y se descubran y estropeen, sus planes de política exterior; teme, además, la contaminación de su propio pueblo con conceptos de libertad, que constituyen un peligro para el régimen. Por eso es que existe la "cortina de hierro". Mientras la URSS no renuncie sinceramente a la dirección de la conspiración comunista mundial y liquide la cortina de hierro en ambos lados, todas las discusiones sobre el desarme controlado, la prohibición de armas termonucleares, y la seguridad de la paz mundial por medio de un mayor número de convenios internacionales, serán meras ilusiones. La exigencia de que se haga nuevas concesiones al gobierno soviético en las cuestiones de vital importancia para la seguridad europea y del mundo, sencillamente invita al Kremlin a que comience nuevas agresiones.

En nuestros tiempos está surgiendo un nuevo capítulo en la política exterior soviética. No es una simple equivalencia de la política de Lenin y Trotsky, que exigía la revolución mundial y que prevaleció en los primeros años del régimen soviético; tampoco se puede identificar completamente con el curso de agresión directa e indirecta, seguido por Stalin y Molotov después de la guerra. Esta nueva política exterior de los soviéticos, vinculada directamente a Krushchev, tiene, por supuesto, las mismas metas que la política de Lenin y Stalin, pero se sirve de nuevos instrumentos y de nuevos métodos, según las condiciones dominantes en la URSS y en el extranjero: la expansión económica, la agresión ideológica, y el chantaje diplomático.

El mundo libre ya ha advertido el peligro de la nueva ofensiva económica de la URSS, y ha adoptado muchas contramedidas, pero hasta ahora sólo sobre un nivel nacional, o sobre un nivel internacional muy limitado. Damos como ejemplos el plan económico para ayudar a los participantes de la OTAS (Organización del Tratado de Asia del Sureste); la creación de un fondo económico para ayudar a los países subdesarrollados por medio de la ONU, etc. En cambio, el plan soviético de ofensiva económica es de carácter más universal y funciona como po-

lítica de larga duración, coordinada con la estrategia de la URSS para la dominación mundial. Ciertamente es que el factor económico no representa una amenaza tan real como quería el Kremlin.

Ahora su valor es más simbólico y táctico que estratégico. Esto se ve claramente por la escasa porción del comercio mundial que pertenece al bloque soviético. Véanse las siguientes cifras comparativas:

VOLUMEN DEL COMERCIO EXTERIOR DEL BLOQUE SOVIETICO

	1938	1948	1954-55
Porcentaje del Comercio Mundial	7.4	3.5	2.4
Millares de Millones de Dólares	3.3	4.0	3.9

De los 3.9 millares de millones de dólares del año 1954-55, a la URSS sólo le correspondió un millar de millones de dólares. Pero no pasará mucho tiempo antes que la economía soviética funcione espontánea e independientemente y se convierta en un hecho substancial. Algún día en el futuro se llegará a la saturación del mercado doméstico soviético. La eliminación de la escasez de ciertos artículos de fábrica en el mercado doméstico significa que la producción, habiendo sobrepasado el consumo, tendrá que buscar mercados extranjeros y campos de influencia económica, si es que quiere continuar su desarrollo ulterior. Así es que existe un límite teórico, plenamente concebible, más allá del cual el desarrollo industrial soviético tropezará con crisis de sobreproducción. La política soviética se esforzará por evitar eso mediante la conquista de mercados extranjeros. Es más, los intereses económicos del imperialismo soviético harán absolutamente necesaria la lucha por estos mercados, particularmente en los países subdesarrollados. Esta lucha no se efectuará contra los países capitalistas fuertes con intenciones de penetrar en sus colonias, sino en los países débiles que apenas han logrado su independencia después de haber sido colonias o semicolonias, con el fin de tomar las posiciones claves de su vida económica. El hecho de que existan factores históricos y psicológicos, por ejemplo, el rencor y el odio transitorio que estos países sienten por sus anteriores dueños, favorecerá la causa de la URSS en esta lucha. La política nacional-colonial soviética conducida por unidades comunistas de casi todos los países y razas, bien amaestradas en el asunto, también facilitará el proceso.

Stalin no pudo comprender la importancia del factor económico en la política exterior soviética, y se abstuvo de mandar ayuda técnica y económica a los países coloniales y semicoloniales subdesarrollados. El dictador mantenía la opinión de que en los grandes países coloniales y semicoloniales sólo la forma, pero no la esencia, del régimen colonial, ejercido por las potencias capitalistas occidentales, había cambiado, y que, por lo tanto, la ayuda dada a esas colonias constituiría una ayuda indirecta a sus anteriores dueños. El gobierno soviético, que sucedió a Stalin fue mucho más flexible en este aspecto, y cambió esa política, que no solamente era errónea, sino que también perjudicaba mucho los intereses de la Unión Soviética. Como resultado, vemos el gran éxito que la URSS ha tenido en los países asiáticos y africanos desde la muerte de Stalin. La URSS no sólo ha comenzado a dar ayuda técnica y económica a los países subdesarro-

llados, sino que también ha aumentado sus relaciones comerciales con muchos otros países, y aún ha establecido nuevas relaciones económicas. Estas operaciones no siempre pudieron justificarse desde el punto de vista de los negocios, pero su utilidad desde el punto de vista especulativo y político, es evidente. Así, mientras que en 1953, la URSS tenía acuerdos comerciales sólo con 3 países asiáticos, en 1958, los tenía suscritos con 14 países. El XXI Congreso del Partido acordó la continuación de esta política estable, plenamente justificada en base de los hechos, declarando:

Los lazos económicos entre la URSS y los países subdesarrollados se hacen cada día más fuertes. En 1957, el volumen del comercio soviético con estos países llegó a más de cinco veces de lo que era en 1953. Se calcula que estas relaciones económicas aumentarán aún más en el futuro.

Lo mismo se puede decir de la ayuda económica y técnica soviética proporcionada a los países asiáticos y africanos. Lógicamente, la prensa soviética no dio informes sobre la suma total de ayudas concedidas, la forma exacta en que se dieron, o en qué proporción se distribuyeron entre los diversos países. El miembro del Presidium, Mukhitdinov, dijo que hasta el año 1955, la suma de ayuda técnica y económica dada a los países subdesarrollados se podía calcular en decenas de millones de rublos, pero que en el año 1959 ya sumaban los créditos a largo plazo varios billones de rublos, y que además los créditos soviéticos se concedían bajo condiciones muy favorables

Comparando las cantidades, entre 1955 y 1957, el mundo libre y el bloque soviético juntos proveyeron a los países subdesarrollados de ayuda por la cantidad de 4 428 millones de dólares. De esta suma el mundo no comunista proporcionó el 76,8%, y el bloque soviético, el 23,2%. Si excluimos los países subdesarrollados que están ligados al oeste por medio de acuerdos de defensa mutua —Irán, Paquistán, Indochina y Turquía— encontramos que toda la ayuda dada a los países neutrales, el 55,4% vino de los Estados Unidos, y el 44,6% del bloque soviético.

El comercio total del bloque soviético con los países subdesarrollados subió, como ya hemos dicho, de 850 millones de dólares, en 1954, a 1 440 millones de dólares, en 1956 — es decir, el 70% en dos años.

La creencia de Krushchev en la conquista económica de los países subdesarrollados y en el éxito de la guerra económica contra los países altamente desarrollados, está basada sobre una evaluación muy objetiva de las potencias altamente industrializadas. El peligro de la nueva doctrina de Krushchev consiste en que si los países occidentales no la toman en serio, se podría realizar. Por eso es que Krushchev, tal vez demasiado confiado, pero bien decidido a realizar su plan, declaró:

Aun cuando el socialismo comenzaba a establecerse, nuestro partido ya sabía que un día tendría que competir decisivamente con el capitalismo en el campo económico y que el socialismo tendría que mostrar todas sus fuerzas. Ahora se puede decir que hemos llegado a ese punto.

¿Qué posibilidades tienen de triunfar? He aquí la sincera opinión de Krushchev:

El desarrollo histórico conduce ineludiblemente a la victoria del comunismo en el mundo entero.

Esa es la importancia del factor económico en la política exterior soviética.

Nuestro análisis de los factores substanciales y funcionales de la política exterior soviética no estaría completo sin un examen separado de otro factor, difícil de nombrar pero que, sin embargo, es importante y digno de nuestra consideración. Es un factor tratado con el mínimo de publicidad por los comunistas, y advertido demasiado tarde por sus enemigos. Nos referimos a la doctrina táctica del comunismo.

No es que la táctica comunista sea flexible. A veces hasta pone al propio gobierno en grandes dilemas, como en el caso del comunismo belicoso del tiempo de Lenin, y el caso de la URSS bajo Stalin después de la guerra. Estos hechos ocurren especialmente cuando los comunistas persisten en sus errores cambiando abiertamente y sin escrúpulos su propia doctrina táctica.

La eficacia de la táctica comunista consiste en que abarca tanto. Esto a su vez explica su dinamismo, que no es el resultado de ninguna superioridad intelectual de los jefes comunistas, sino de su utilitarismo, de su falta de liberalismo de pensamiento, y de su falta de escrúpulos morales. La base del dinamismo de la táctica comunista está en su refutación de todas las moralidades, tanto religiosas como tradicionales. En el tercer congreso del KOMSOMOL, en 1920, Lenin aseveró:

Negamos cualquier moralidad que no venga de un concepto humanitario y consciente de las clases. Declaramos que nuestra moralidad está subordinada a la lucha social del proletariado. Declaramos que la moralidad es cualquier cosa que sirva para destruir la vieja sociedad explotadora. No creemos en una moralidad eterna.

El mismo sistema de la doctrina comunista está sujeto a esta ley moral, o mejor dicho amoral: si los principios que ayer parecían sagrados hoy chocan contra los intereses del régimen, serán inmediatamente reemplazados por otros que estén más de acuerdo con los tiempos. El criterio para reemplazar los antiguos principios con otros nuevos es el mismo factor del poder — es cuestión de juzgar hasta que punto el viejo principio obstaculiza el poder comunista y hasta que punto el nuevo principio lo consolida y lo extiende. Lenin, Stalin, Krushchev, todos han actuado de acuerdo con este principio. "La dialéctica es el alma del marxismo", dijo Stalin, y los jefes comunistas siempre han tratado de justificar cualquier cambio improbable en la táctica, refiriéndose a las leyes de la dialéctica. Si los intereses del comunismo lo requieren, hasta la dialéctica se puede acusar de ser de carácter "dialéctico." La completa libertad de interpretar su doctrina a su propio gusto, la completa falta de restricciones morales en cuanto a la selección de medios, el fanatismo ilimitado en la defensa de sus propios fines, y la disposi-

ción a sacrificar los ideales, ya sean nacionales, sociales o filosóficos, en el nombre del poder —éstas son las características principales de la táctica soviética. El conjunto de doctrinas tácticas son las que determinan la política exterior soviética y la selección del instrumento que se usará para ejecutarla— ellas determinan la tendencia general de la diplomacia soviética y de su aparato diplomático. Sin embargo, la diplomacia soviética adquiere sólo su filosofía moral del marxismo-leninismo; los métodos y medios usados en su ejecución se elaboran independientemente. Y en esto no se olvida la Unión Soviética de lo que ha aprendido de la antigua escuela clásica y burguesa de la diplomacia, desde Machiavello hasta Talleyrand y Metternich. Los comunistas escogen sólo aquellos elementos que en su época ya tenían una orientación análoga a la que ahora tiene el sistema moral comunista en las relaciones internacionales. Los educadores comunistas niegan, por supuesto, el determinismo diplomático de Talleyrand, la filosofía del estado de Machiavello y cosas por el estilo, pero, no obstante, han adoptado todo lo que en ellos existe de compatible con la extensísima estructura de la táctica y de la estrategia soviéticas.

En general, la opinión de que el elemento conservador de la ortodoxia marxista paraliza, hasta cierto punto, la flexibilidad de la táctica del comunismo; de que los hace que se rompan la cabeza contra obstáculos impenetrables por causa de sus principios; de que los obliga a negarse, en el nombre de la pureza del marxismo-leninismo, a suscribir compromisos oportunistas; de que los obliga a sacrificar las ventajas que una situación puede ofrecer, si ello no va de acuerdo con el dogma oficial; de que los obliga a preferir el prestigio de la forma aun cuando esto signifique la pérdida del contenido. Esta opinión, respecto de la táctica del comunismo en general, y respecto de la diplomacia soviética en particular, es errónea. Queda fuera de los límites de este tratado el examen de esta cuestión con respecto a la doctrina táctica de Lenin y la práctica de Stalin y de los stalinistas. No obstante, algunos principios fundamentales del leninismo se podrán mencionar. Los siguientes son algunos de los principios fundamentales de la diplomacia soviética, que Lenin enseñó a sus discípulos: las maniobras, la conciliación, los compromisos, la destreza en el uso de los conflictos en el campo enemigo, y la búsqueda de aliados temporales, aun entre los enemigos del comunismo

Hacer la guerra para lograr el derrocamiento de la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más obstinada guerra entre estados, y al hacerla, abandonar de antemano las maniobras, la explotación, ya sea temporal, de los intereses en conflicto con el enemigo, recusar la conciliación con posibles aliados, aunque sean temporales, inseguros, inestables y condicionales, ¿no es eso una completa ridiculez?

El segundo principio de la táctica bolchevique es saber el momento más propicio para el ataque y mantener al enemigo en completa confusión en sus tentativas por adivinarlo. Uno de los consejos de Machiavello al Príncipe era que no dejara al enemigo saber que estaba haciendo uso de una determinada política preparada de antemano. Lenin, adoptando ese mismo principio, escribió:

No es método revolucionario, sino una estupidez atarse uno mismo las manos desde un principio

e informar abiertamente al enemigo, que por el momento está mejor armado que nosotros, si vamos a luchar con él, y cuándo. Es un crimen participar en una batalla sabiendo que todas las ventajas corresponden al enemigo y ninguna a nosotros; de nada le sirve a la clase revolucionaria una política que no sepa hacer uso de las maniobras, la conciliación y los compromisos para evitar una batalla de resultados desventajosos.

Hasta que no llegue el momento oportuno, mientras se están reconcentrando las propias fuerzas y observando las del enemigo, hay que trabajar en la retaguardia del enemigo, en su campamento, y aún en su hogar. De esta manera formuló Lenin el tercer principio de la táctica bolchevique: "Se tiene que aprender a colaborar legalmente en los parlamentos más reaccionarios, en los más reaccionarios sindicatos, cooperativas, organizaciones aseguradoras, etc." ¿Y si no se permiten comunistas en estas organizaciones? He aquí la respuesta de Lenin:

Hay que estar preparado para hacer toda clase de sacrificios, aún mentir, engañar, hacer operaciones ilegales, omitir o suprimir la verdad. Esto, por supuesto es más difícil en los países de Europa Occidental, a causa de la tradición arraigadísima de la legalidad, a causa de los prejuicios constitucionales democrático-burgueses. Sin embargo, se puede y se debe hacer sistemáticamente.

Reconociendo la posibilidad de que entre los revolucionarios del partido bolchevique hubiera persona cuya moral no permitía la adopción de tales principios basados sobre la teoría maquiavélica de que el fin justifica los medios, Lenin se dio prisa en desechar estos elementos. En el VII Congreso del Partido, declaró:

Si sois incapaces de adaptaros a las condiciones, si no estáis dispuestos a arrastraros de panza sobre el fango, entonces no sois revolucionarios, sino charlatanes. Yo no me propongo hacer esto porque me gusta hacerlo, sino porque no hay otro modo, porque la historia no se ha desarrollado tan bien ordenada a nuestros deseos de manera que la revolución madure simultáneamente en todo el mundo.

Respondiendo a la pregunta de por qué era necesario ingresar a organizaciones tan reaccionarias, Lenin declaró:

El cuartel general revolucionario de la clase obrera se interesa mucho por reconocer el terreno de las instituciones parlamentarias burguesas de manera que su obra de destrucción se vuelva más fácil. El comunismo recusa al parlamentarismo, niega la posibilidad de la duración de una conquista de los parlamentos: se pone como meta la destrucción del sistema parlamentario "Por lo tanto, sólo se puede hablar de la explotación de las instituciones de estado burguesas con el fin de destruirlas". Sólo de este modo se puede plantear el problema.

De estas instrucciones generales, surge un cuarto principio de la táctica comunista respecto de los acuerdos

internacionales y de las obligaciones de los tratados: esto es, el carácter condicional de tales obligaciones. Un manual diplomático soviético cita a Machiavello sobre este tema: "Un príncipe razonable no puede cumplir su palabra si al hacerlo se perjudica el mismo, y si las razones que lo obligaban a cumplirla ya no existen."

¿A qué conclusiones generales podemos llegar? La política exterior soviética no es una política nacional-estatal en el sentido normal del término, sino una función ideológica internacional de la política interior soviética. Esta política se determina, no según los problemas e intereses del país en general sino por los de la clase gobernante, por el partido comunista. Los intereses del partido coinciden con los intereses nacional-estatales del país sólo cuando a éste lo amenaza una agresión externa. En todos los demás casos difieren entre sí. La política exterior soviética está basada sobre los mismos principios motores de la doctrina comunista, la misión de consolidar el régimen y establecer una dominación mundial del comunismo. Por su misma naturaleza la política exterior soviética no puede ser pasiva, defensiva o conservadora. En virtud de que sólo es un aspecto de la política general de la revolución y de la dominación mundial, sirve sólo de instrumento flexible para alcanzar la meta. Por lo tanto emplea sólo armas ofensivas; su doctrina es agresiva cien por cien, aún en los casos en que se ve obligada a maniobrar y a retroceder, pues eso se considerará como una pausa antes de la nueva acometida.

Varios factores, incluso el factor nacional, influyen en las distintas fases de la política exterior soviética. Son dos los factores, sin embargo, que verdaderamente la determinan: los intereses de las autoridades dentro de la URSS, y la victoria del comunismo en el extranjero. Estos dos factores implican, además, una lucha no por el establecimiento del comunismo abstracto, en forma de conciliación social armoniosa entre los pueblos, sino por el establecimiento de un régimen comunista en todo el mundo; del establecimiento del comunismo soviético. Es una lucha por el establecimiento de un sólo sistema gubernativo dirigido por la Unión Soviética. Estos factores han mantenido su fuerza preponderante a pesar de todas las oscilaciones aparentes o verdaderas de la política exterior soviética desde Lenin hasta Stalin, desde la dirección colectiva hasta Krushchev. Una conclusión es obvia: la política soviética de la paz es el modo leninista de conseguir un período de descanso, mientras que la dicha "coexistencia" es una política bien premeditada y basada sobre la conveniencia o la necesidad.

El factor económico, que hasta la fecha no ha hecho ningún papel de importancia en la política exterior soviética, se convierte paulatinamente en uno de los factores determinantes de esa política. —El resurgimiento bajo Krushchev de la competencia pacífica entre el comunismo y el capitalismo simbolizado por el "slogan" "¿Quién derrotará a quién?", y la política soviética de ayuda técnica y económica a los países subdesarrollados, no es sino una máscara de legalidad para cubrir sus fines de expansión en dichos países. El capital libre se invertirá en otros

países con fines puramente mercantiles, pero las inversiones comunistas las hará el estado, con fines políticos.

El ámbito tan extenso de la táctica política soviética, la falta de toda consideración moral, su actitud pragmática frente al derecho internacional, y la resultante libertad de interpretación de cualquier obligación asumida, todos estos factores hacen sumamente peligroso confiar en el gobierno soviético, tratándose de acuerdos internacionales. La política soviética considera los derechos adquiridos de los acuerdos y de los tratados como incondicionales, pero las obligaciones, como condicionales. Por lo tanto, mientras las potencias capitalistas se fíen de la buena voluntad del comunismo y no de su propia capacidad para mantener la paz, correrán gran peligro. La paz será una realidad sólo mientras los comunistas sigan gozando de los derechos adquiridos por los acuerdos respectivos y mientras no lleguen a la conclusión de que las obligaciones impuestas han sobrevivido a sus tiempos, que se han vuelto desventajosas, y que se pueden prescindir de ellas con impunidad.

Y para terminar, existe aún otro factor cuya importancia no se debe menospreciar. Es el factor personal, que depende de quien es el que dirige la política soviética en un momento dado. Stalin antes de la guerra era un realista; la dirección colectiva estaba constituida por sobrios calculadores, que se controlaban sus acciones mutuamente; Krushchev es la rara combinación de dos personas en una, el oportunista y el extremista. Esa es la gran dificultad para tratar de evaluar la política soviética de un momento dado. No se sabe de un momento a otro con quien se estará tratando, si con un dictador oportunista o con un extremista. Visto que Krushchev es un iniciador de mala estrella, de agudas crisis y peligrosas situaciones, guerrero seguro de sí mismo, jugador exaltado de albuces, es posible que pierda el control y provoque una guerra antes de que lo juzgue conveniente. Con él, mucho más que con sus predecesores, es difícil conducir una política de conciliación, que al fin y al cabo para un dictador siempre es una invitación para nuevas agresiones.

El occidente, habiéndole dado suficientes razones para creerlo débil, se puede encontrar implicado en una guerra. Si occidente quiere mantener la paz, siempre tendrá que dar a Krushchev nuevos problemas que le ocupen, y sobre todo, le preocupen.

NOTA: A AVTORKHANOV Nació en 1908 en Chechnya (actualmente Grozny), Cáucaso del norte. En 1937 se tituló en el Instituto de Profesores Rojos de Moscú. Ha escrito varios libros sobre la historia de la revolución de 1917 en los Cáucaso del norte, trabajos que fueron publicados en la Unión Soviética. En 1943 emigró a Alemania, donde ha continuado sus investigaciones históricas. Últimamente ha publicado dos obras, "Stalin u vlasti" (Stalin en el yelmo) y "Stalin and the Soviet Communist Party", publicado en Munich en 1959.